

Leg 9

~~10724~~

cuaderno 4

739

PETRARCA

EN SUS RELACIONES CON EL ARTE MODERNO.

DISCURSO

LEIDO

por el Licenciado D. Miguel Morayta de Sagrario,

EN EL SOLEMNE ACTO DE RECIBIR LA INVESTIDURA DE DOCTOR
EN FILOSOFÍA, SECCION DE LITERATURA.



MADRID.

IMPRESA DE J. CASAS Y DIAZ,
Lope de Vega, 19, principal.

1857.

UVA. BHSC. LEG.09-1 n°0739

Kv.

24.

PETRARCA

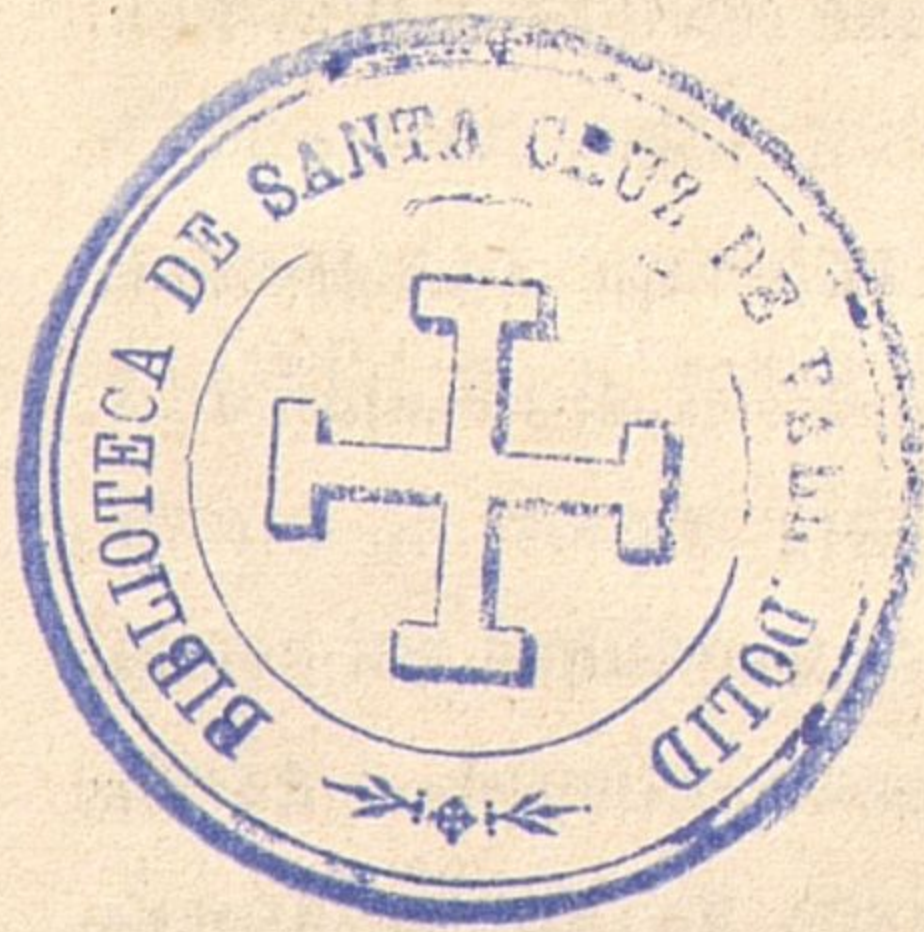
EN SUS RELACIONES CON EL ARTE MODERNO.

DISCURSO

LEIDO

por el Licenciado D. Miguel Morayta de Sagrario,

EN EL SOLEMNE ACTO DE RECIBIR LA INVESTIDURA DE DOCTOR
EN FILOSOFÍA, SECCION DE LITERATURA.



MADRID

IMPRESA DE J. CASAS Y DIAZ,
Lope de Vega, 19, principal.

1857.

UVA. BHSC. LEG.09-1 n°0739

HTCA

U/Bc LEG 9-1 n°739



1>0 0 0 0 2 9 4 3 4 4

PÉREZ

EN SUS RELACIONES CON EL ARTE MODERNO

BISOGNOSO

1910

El arte moderno europeo que desde el siglo XV, se
clama con este nombre en todo el mundo y del que estudio la
historia, que con el tiempo, pero tanto poseo, que con las
muestras de la Edad media, como las de la Edad que tanto
para la pintura, y para la escultura, y para la arquitectura
hace las manifestaciones de una nueva era. En tanto que el es-
tudio a estas manifestaciones, se debe entender, que antes
de estos, y de estos, manifestaciones, para entender no
se debe entender que este arte, que se llama arte moderno, de la
edad que tiene y que se llama arte moderno, y que se llama
arte, en sus manifestaciones. Y como prueba de que...

Excmo. é Ilmo. Señor :

El maravilloso espectáculo que ofrece el siglo XV, reclama con justo motivo profundo y detenido estudio. La humanidad, que con seguro, pero tardo paso, atravesó las tinieblas de la Edad media, rompe los lazos todos que la ligan á la pasada vida, y asienta sobre sólidas y firmísimas bases los fundamentos de una nueva Era. Levántase el espíritu á elevadas consideraciones, se abren horizontes antes desconocidos, y mayores necesidades hasta entonces no sentidas anuncian que este lógico desenvolvimiento de la historia será firme y duradero en sí mismo, y vario y deslumbrador en sus manifestaciones. Y como prueba de que el

espíritu divino no se separa nunca de nuestra vida, las encontradas tendencias de la inteligencia humana, y los acontecimientos todos que se suceden, revelan una misma y trascendental aspiración. Las rivalidades de los pueblos y monarquías, que traen en pos de sí la muerte del feudalismo, el nacimiento de nacionalidades y poderes mas fuertes y potentes, el estado de las letras y ciencias que originan el pronto desarrollo de los idiomas vulgares y de un nuevo arte, y las asombrosas invenciones que ilustran aquella época, son otros tantos elementos que impulsan á la sociedad por ancha y gloriosísima senda.

No es repentino este cambio, y por consecuencia, no es hacedero apreciar las causas que le produjeron y determinaron, así en la esfera social, como en la política y literaria. Fácilmente se comprende la ley que preside en la historia; pero es precisa meditación constante para determinar las causas con que llega á realizarse.

Las letras clásicas, evocadas del sepulcro en que yacieron durante algunos siglos, inoculan en la ciencia nuevo espíritu. Y como la ciencia dirige las tendencias todas del espíritu y regula sus manifestaciones, estas son opuestas á lo pasado: así la filosofía que admite las doctrinas de Aristóteles y Platon, antes mal interpretadas ó desconocidas, rompe por completo con la teología, y pasando de servidora á hermana, reivindica para sí el terreno propio del dominio de la razón. La literatura, vivificada con nueva sávia, dá nacimiento á otro arte, protesta viva contra el espíritu dominante, que se deja sentir hasta en la vida social de los pueblos, que impresionados por el recuerdo de sus gloriosas tradiciones, pugnan por recobrar la dignidad perdida y rehacer su pasado poderío." La idea cristiana, que

borró el recuerdo del arte pagano," rompe la progresión histórica por mas de diez siglos": resucitar el antiguo mundo,

¿qué sería de la ciencia, de la historia y del arte sin la idea cristiana? Triste del mundo el día que desapareciese y

dominara en él sin vida *BOHEMIA. LEY. 09-1 n.º 0739!* Muerta de

ello van dando las sociedades modernas en donde se plantea

con cuanto predominio esta idea: en el orden material honores y sangre, en el moral la mas abjecta crueldad y en el religioso el más ciego ateísmo son el fruto de esa idea.

*Proposición falsa
desmentida por la
historia y por el
arte. ¿Qué sería de la ciencia,
de la historia y del arte sin la
idea cristiana? Triste del mundo
el día que desapareciese y
dominara en él sin vida
ello van dando las sociedades
modernas en donde se plantea
con cuanto predominio esta idea:
en el orden material honores
y sangre, en el moral la mas
abjecta crueldad y en el religioso
el más ciego ateísmo son el
fruto de esa idea.*

unir las dos grandes edades de la historia en sublime síntesis, y prestarla el carácter de unidad con que desde entonces se presenta, tal es, Excmo. Sr., el destino del Renacimiento, que marca nueva época en la vida de la humanidad.

Para que tan gloriosa transformación se verificara, eran necesarios multiplicados y poderosos esfuerzos; y tanta gloria alcanzaron los que la preparan, que sus nombres se presentan rodeados de alta y merecida fama. No puede negarse tan distinguido lugar á Petrarca, que fija de una vez la hasta entonces vacilante marcha de las letras y ciencias, que impulsada por un lado con semejante empeño por Boccaccio, Juan de Rávena, Filelfo, Il Poggio y muchos otros, causa una completa revolución en la ciencia, y engendra además el siglo de oro de la literatura italiana, á cuyo frente se presenta el magnífico Lorenzo de Médicis. Apreciar este doble carácter de Petrarca, y reclamar el alto asiento que de derecho le corresponde, hé aquí, Excmo. Sr., el tema objeto de este discurso.

Preséntanse en Italia, desenvueltos en toda su estension, los elementos todos que combaten durante la Edad media, y esto la presta el interés con que á nuestra consideracion aparece. Señora en otro tiempo del mundo conocido, vincúlase en la ciudad eterna el antiguo poderío de la república romana. Al valeroso empuje de los ejércitos vencedores de César y Octavio sucede el no menos fuerte poder de la Santa Sede, que formulando las leyes constitutivas de la Iglesia, y estendiendo el dogma católico, ejerce en todos los ámbitos de la tierra benéfica influencia. La lógica misma de los hechos, y los decisivos esfuerzos de algunos Pontífices, hacen aparecer al Pontificado, aun en épocas en que el olvido de la ciencia y la corrupción le presentan desnudo de su importancia, como poderoso elemen-

to de progreso y adelanto. Las ciudades sienten vago deseo de levantarse á la vida antigua, y alcanzada su independencia en la batalla de Lignano contra Federico Barbaroja, crecen en aspiraciones al par que se restaura la ciencia del derecho, que presta sólido fundamento á su necesidad de oponerse á la fuerza material, única ley que todo lo domina. Su creciente poderío engendra rivalidades entre sí, que llenan la historia toda durante muchos años, y despierta en su mismo seno íntimo deseo de recoger la herencia de Roma. Todas á porfia reclaman cuanto era gloria y título de supremacía; y si estos esfuerzos no pasan de anhelos mas ó menos intensos, se debe á que el pueblo no alcanzaba un sentido trascendental y práctico, porque el clero, su maestro, habia olvidado la ciencia que poseyó en otros dias, y se agitaba en una esfera cerrada á su interés y simpatía.

No era posible unidad en los diversos elementos que se combatian en Italia: hacia falta un alma que animase el informe conjunto que presentaba, y esta fué el arte antiguo, que despierta en todos afan de gloria y de renombre, y que penetrando en todas las esferas de la vida, produce consecuencias tales, que aun hoy admiran. El pensamiento cristiano, que nace contra el paganismo y crece en lucha abierta con él, se proclama vencedor, y llevado de un imprescriptible principio lógico, condena la antigüedad en todas sus manifestaciones; y hace gala de olvidarla y desconocerla. Santo Tomás de Aquino y Alberto el Grande son los primeros que, afirmando y defendiendo la dominacion de la Iglesia, buscan armas en la antigua ciencia, é introducen este nuevo elemento, cuyas consecuencias no pudieron preveer; y esto que sucede en el seno mismo de la ciencia eclesiástica, se estien- de muy luego á todos los terrenos en que el pensamiento se manifiesta.

Las letras clásicas no podian sin embargo reaparecer, sin

esperimentar profundas modificaciones ; y si en un momento de entusiasmo se admiten sin exámen y sin otro cuidado que estenderlas y profundizar en su estudio , pronto llega la reflexion , y limitada su influencia á la parte en que puede sentirse legítimamente , prestan utilísimos servicios á la filosofía , literatura y artes liberales. Este destino del renacimiento parece presentido por Petrarca , que comprendió no solo su importancia , sino la ley bajo que debia realizarse. Así , aunque se entrega lleno de confianza al cultivo de las bellas letras latinas , y desprecia como cosa de poco momento la literatura vulgar ¹ , hasta el punto de no conocer sino en los últimos dias de su vida la *Divina Comedia* ; ya entrado en años , brotan lágrimas de sus ojos al recordarle algunos versos de *El Africa* , como si conociera que la corona triunfal que adornó sus sienes era injusta recompensa del cantor de una civilizacion sin vida , incapaz de despertar simpatías en el mayor número , y otro sentimiento que la admiracion que nos causa una existencia consagrada al estudio. Petrarca , por mas que otra cosa finja ² , comprendió que el renacimiento de las letras griegas y latinas , divorciado del cultivo de la literatura vulgar , no daria ópimos resultados , y su mayor mérito consiste en ser el primero que rompe la ley de raza literaria , cultivando la poesía vulgar y la erudita , uniendo así el pensamiento que renace al sentimiento que existe. Afecta desconocer su destino cuando se queja del poco cuidado que puso « al espresar en rima sus suspiros » ³ ; pero á nosotros han llegado pruebas del celo con que limaba

¹ Entre otras , hé aquí algunas frases que demuestran el concepto que le merecia : Ineptios quas omnibus , et mihi quoque si liceat ignotas velim. *Senil.* XIII , 40. Cantica , quorum hodie pudet ac pœnitet. *Famil.* VIII , 3.

² Dice que compuso « sus poesías juveniles en lengua vulgar , por

lo cual experimenta ahora arrepentimiento y sonrojo , aunque son muy saboreadas por los que padecen la misma dolencia.» *Famil.* VIII , 3.

³ S' io avessi pensato que si care
Fossin le voci de' sospir mie' in rima
Fatte le avrei dal sospirar mio prima
In numero piu spesse , in stil piu rare.
Soneto XXV.

y corregia sus poesías; y aunque estas faltaran, nos queda la perfeccion de la forma y la pureza de estilo, que no se logran sin el trabajo asiduo del que aprecia en alto grado sus obras. Y aunque aparecen como producto de sus ratos de ocio ¹ y exentas de pretensiones, no es posible afirmar otra cosa, teniendo en cuenta el peculiar carácter del genio de Petrarca.

No desconocerémos por esto, Excmo. Sr., su verdadera importancia como el primero entre los que trabajaron en la obra del renacimiento. Su vida, consagrada al estudio, fué utilísima á la ciencia; y á sus especiales cuidados debemos la conservacion de preciosos manuscritos ², algunas traducciones ³, y lo que es mas digno de alabanza, el amor que despertó en Italia á esa antigüedad tan vilipendiada. El afan con que recogia y copiaba manuscritos, rayó en pasion, y ni lo descuidó en sus viajes, ni lo economizó en ocasion alguna, hasta el punto de enviar en busca de libros, comisionados que recorrieron, no solo la Italia, sino la Galia y la Germania, la España y la Bretaña, y hasta la misma Grecia ⁴. Ciceron y Virgilio, sus modelos, fueron con especialidad objeto de sus trabajos, y restaurados casi por completo, y es triste recordar se hayan perdido algunas obras que le eran familiares ⁵. Estas investigaciones no caminaban

¹ *Ep. famil.* XI, 12.

² Con inauditos trabajos, y visitando ciudades y conventos, reunió casi todas las obras de Ciceron, las de Quintiliano, Varron, Ennio, Terencio, Xenofonte y muchos otros.

³ Profesaba tanto cariño á la lengua griega, cuyos elementos aprendió en su juventud, que entrando en años la estudió de nuevo con Leoncio Pilato, y á sus consejos se debe la traduccion de la *Iliada*.

⁴ Et quotiens, putas, preces, quotiens pecuniam misi; non per Italiam modo, sed per Gallias atque

Germaniam, et usque ad Hispanias atque Britanniam; dicam quod miraris, et in Græciam misi. *Epist. senil.* XV, 1.

⁵ Las obras de Varron, que encerraban toda la ciencia antigua de Roma; el tratado contra la Supersticion, de Séneca, y el de la Gloria, de Ciceron, que su maestro Conventola vendió sin permiso de Petrarca, se han perdido, ó permanecen olvidados en el rincon de alguna biblioteca. *Hist. de la ren. des lettres: Charpentier*, tom. I, cap. VIII.

en él á la ventura ¹; proponiéndose un norte fijo á sus estudios, comprendió que sin reunirlos en un todo bajo un punto de vista, no darian los resultados que se prometia: formó el proyecto de una historia de Roma que comprendiese desde su fundacion hasta los tiempos de Tito, para lo cual le ayudaban mucho sus conocimientos geográficos ². Y es de sentir que su vida agitada y trabajosa no le permitiera realizar este propósito, porque pruebas dió de cuánto podia su docta pluma en la difícil ciencia de la historia ³.

Pero no le bastaba para su gloria como restaurador de las letras, reunir y copiar manuscritos, por mas que esta gloriosa empresa haya inmortalizado á muchos de sus contemporáneos: Petrarca, entusiasta de Ciceron y Virgilio, á quienes amó desde niño ⁴, cultivó los ramos todos de la ciencia. Si cantaba, su modelo era Virgilio; y cuando aparece como filósofo, historiador y político, las obras del elocuente romano le sirven de norma, y sus construcciones gramaticales y la grandeza de su estilo son con toda perfeccion imitadas. El alma de Petrarca, sus creencias y conocimientos, se revelan en ellas y nos hacen comprender con cuánta justicia obraron sus contemporáneos, que ensalzándole á los puestos

¹ Marcum mihi Varronem, charum et amabilem, Ciceronis Academicus fecit. Ennii nomen, in Officiorum libris audivi primum: Terentii amorem ex Tusculanarum quæstionum lectione concepi: Catonis, Origenes et Xenophontis Oeconomicum ex libro de Senectute agnovi. Senecæ contra superstitiones librum, ut quærere inciperem, Augustinus admonuit. *Epist. famil.*

² Compuso un notable itinerario de Siria, y en el exámen que sufrió ante el Rey Roberto, la carta geográfica de Italia mas exacta que se conocia, y reunió en su biblioteca cuantos mapas y libros de geografía pudo procurarse. *Hist. de la ren.*, Cap. VII.

³ De rerum memorandarum,

lib. IV, y Vitarum illustrium virorum epitome. No falta quien dice es comparable esta última con las vidas de Plutarco.

⁴ Arrojando su padre Petracco al fuego los libros que distraian de sus estudios de cánones á nuestro poeta, lloró tan tiernamente, que enternecido los quiso librar; mas por desgracia solo se salvaron las obras de Virgilio. En tanto le consideró, que acusándole de envidioso, decia: «¿A quién envidiará el que no envidia á Virgilio?» *Epist. famil.* XI, 12. Y hablando de Ciceron, escribia: «Abeuntibus amicis, et ut sit petentibus, numquid e patria sua vellem, respondebam nihil præter libros Ciceronis.» *Epist. senil.* XV, 1.

mas distinguidos de la república, le tributaron singular predilección y el mas profundo respeto.

Era necesidad de la época depurar las doctrinas filosóficas de la antigüedad, limpiarlas de toda torcida interpretación, en una palabra, la ciencia que solo se conocia por las esplicaciones de Casiodoro, Boetio y Averroes, necesitaba ser estudiada en sus originales. A esto tiende Petrarca, que con audacia inusitada entonces, combate la escolástica dominante, y la pinta ¹ con la valentía propia de un espíritu novador é independiente. No aspira al dictado de filósofo ², y sin embargo anuncia el instante en que el pensamiento, rompiendo las trabas que le obligaban á moverse en estrecho círculo, proclama su legítima supremacía sobre la autoridad. Las obras filosóficas del cantor de Laura ³, que con tanto entusiasmo fueron acogidas, se distinguen por su carácter eminentemente moral ⁴, que se pinta en todas con idéntico colorido, y que guarda completa conformidad con el estado de su alma y las aficiones de su vida.

Entusiasta de la libertad de Italia, vivifica sus sentimientos con los recuerdos de la antigüedad ⁵: los altos ejemplos de la república romana, que le eran familiares ⁶, y el destino de su país, que siempre le preocupaba, le infunden valor

¹ Decia que los escolásticos sabian «Quot leo pilos in vertice: quot plumas accipiter in cauda.»

² Ut deinceps me, si non ut hominem litterarum, at ut virum bonum: si ne id quidem, ut amicum: denique si amici nomen pro virtutis inopia non meremur, at saltem ut benevolum et amantem ament. *De ignorantia sui ipsius et aliorum.*

³ Son estas: De remediis utriusque fortunæ. De vita solitaria. De contemptu mundi seu secretum. De ignorantia sui ipsius et aliorum. De otio religiosorum.

⁴ Preguntando qué es la ciencia, responde: «Rem magna si vera esse et inseparabilem à virtute. Si

illam igitur approbasses, hæc probata esset, sed utraque opinione aliquanto facilius est quam re.» *De rem. utr. fort. Dial. XII.*

⁵ E pur che voi mostrate
Segno alcun di pietate,
Virtu contra furore
Prenderá l' arme, e fia 'l combatter corto:
Che l' antico valore
Negl' italici cor non e ancor morto.
Canzone XVI.

⁶ Entre sus obras hay una colección de cartas dirigidas á Ciceron, Séneca, Tito Livio, Virgilio y Varron, que revelan conocia tan profundamente la antigüedad, que parece «una correspondencia natural; tan penetrado está de su espíritu.»

para presentarse no solo como el ardoroso patriota pronto á sacrificarse en aras de la gloria de su patria, sino como sagaz y previsor político¹. Petrarca comprendia cuán necesario era levantar el espíritu del pueblo, infundirle fé y confianza en sí mismo, y resucitar hasta donde fuera posible su perdida grandeza, olvidando los ódios fraticidas; y como esto no podia lograrse sin que el *Santo imperio romano*, parodia del imperio de los Césares, recobrara su perdido poderío, los esfuerzos todos de su vida se dirigen contra la *Babilonia de Occidente*², volviendo á la « ciudad pontifical, á la ciudad imperial, á la ciudad eterna, » el jefe y cabeza de la Iglesia, que en la corte de Avignon, « nido de engaños que abriga cuanto mal se estiende por el mundo »³, vivia descuidando los intereses de la cristiandad y de la Italia. Pero este propósito que tenazmente persigue⁴, y que llegó á ver realizado con grande alegría de su alma, no bastaba á su anhelo de restaurar la independendencia italiana, sentimiento que crecia á la par que resucitaba el genio de los antiguos romanos envuelto en los manuscritos que volvian al patrimonio de los sábios. Petrarca, representante de esta nueva tendencia popular, aceptó con afan cuanto pudiera levantar el nombre

¹ A invitacion de su amigo Juan de Carrara, escribió y le dedicó un tratado que lleva por título *De Republica optime administranda*: su exámen demuestra cuán infundada es la acusacion de los que dicen que Petrarca dispensó á los señores de Italia bajos y hasta viles elogios.

² L' avara Babilonia ha colmo 'l sacco
D'ira di Dio e di vizi empi e rei,
Tanto che scoppia; ed ha fatti suoi Dei
Non Giove e Palla, ma Venere e Bacco.

.....
Gli idoli suoi saranno in terra sparsi,
E le torri superbe al ciel nemiche;
E i suoi torrier di fuor come dentr' arsi.

³ Fiamma dal ciel su le tue trece piova,
Malvagia, che dal fiume e dalle ghiande,
Per l' altru ' impoverir se ' ricca e grande,
Poi che di mal oprar tanto ti giova:
Nido di tradimenti, in cui si cova

Quanto mal per lo mondo oggi si spande:
Di vin serva, di letti e di vivande;
In cui lussuria fa l' ultima prova.

Soneto CV.

O fucina d' inganni, o prigion d' ira,
Ove 'l ben more, e 'l mal si nutre e eria;
Dà vivi inferno; un gran miracol fia
Se Cristo teco al fine non s' adira.

Fondata in casta ed umil povertate,
Contra i tuoi fondatori alzi le corna,
Putta sfacciata; e dov' hai posto spene?
Negli adulteri tuoi, nelle mal nate
Ricchezze tante? or Constantin non torna;
Ma tolga il mondo tristo, che 'l sostiene.

Soneto CVII.

⁴ En muchos actos de su vida reveló Petrarca su patriotismo; pero en ninguno mejor que en sus obras, y de estas en la Epistola ad Carolum quartum, Romanorum regem.

romano, y la prestó su eficaz cooperacion, sirviendo de intermediario con los príncipes y ayudándola con sus consejos y talentos. Este es el secreto de su entusiasmo por Rienzi.

Abandonada Roma de la corte pontificia, los Colonna, Orsini y Savelli que la dominaban, llegaron á escandalizar en aquellos dias de escándalo, por los desórdenes y opresion que ejercian. Las elocuentes ruinas que poblaban la ciudad, y los nombres de Graco y Ciceron que instintivamente venian á los lábios, despertaron en muchos, vago deseo de libertad. Todo anunciaba un glorioso acontecimiento en la ciudad de los Césares. El antiguo espíritu romano, que fué tan grande que bastó á llenar el mundo entero, se levanta representado por Rienzi, para protestar contra la degradacion en que se encontraba el que fué el mas altivo de los pueblos. Penetrando las aspiraciones de sus conciudadanos, que exaltaba con el recuerdo de sus imperecederas glorias, y desvanecido con la lectura de los clásicos, en su entusiasta admiracion por la república romana, pensó renovar su pasado esplendor ¹.

Nacido en baja esfera, llegó á los mas distinguidos puestos de la república en brazos del pueblo; y si fué digno por la constancia con que siguió su empeño, fué grande por las dotes que en el rápido período de su mando manifestó ². Rienzi mejoró notablemente la condicion del pueblo, y fué el primero que abrigó el proyecto de una confederacion italiana: creyéndose fuerte, porque se sintió justo, exigió juramento

¹ Rienzi, á quien un escritor notable de nuestros dias llama *tribuno anticuario*, presentaba al pueblo romano emblemas de su grandeza pasada y de su presente abatimiento; y este afan llegó en él hasta el punto de que, leyendo en los edictos de Vespasiano *pomarium*, en vez de *pomærium*, sostenia que la Italia entera debia estar sometida á Roma.

² Sujetó á los nobles, organizó milicias urbanas, y pobló de bajeles las desiertas costas; administró pronta justicia, instituyó graneros en beneficio de los pobres, fundó asilos para huérfanas y viudas, y por último, invitó á cada comun á que enviase dos síndicos al Congreso general de Roma, dando así el primer ejemplo de un gobierno constitucional.

de fidelidad á las familias mas poderosas, citó á Luis de Hungría, á Juana de Nápoles, al emperador Luis y al anti-césar Cárlos, para que presentasen en su tribunal los títulos de su eleccion, « la cual, como está escrito, pertenece al pueblo romano »; Roma parecia que se levantaba de su sepulcro con el acento de su antiguo Senado y la mirada de su dictador. Petrarca amó á Rienzi, y unido á él, « es la potencia moral que sostenia esta empresa »; rinde admiracion al *tribuno augusto*, aun á riesgo de ser ingrato; le ayuda con sus consejos, le procura popularidad, y no encontrando palabras para celebrar á este « nuevo Bruto », en un arrebató de entusiasmo le llama *enviado del Cielo* ¹. Pero el tribuno y el poeta olvidaron que para lograr la independencía era necesario crear un pueblo, y un pueblo no nace por la voluntad del hombre, ni se forma en un dia por la lectura de antiguas historias. Natural era que Rienzi no pudiese contrarestar la oposicion que levantaron sus actos: declarado por el Papa, que poco antes le llamara *defensor de la libertad y celador de Italia*, rebelde, sacrilego y herético, y aborrecido de los nobles, cayó del poder. Vendido indignamente por Cárlos de Bohemia, fué juzgado por mandato del Pontífice; cercana su venganza, Petrarca le declara poeta, y este sagrado nombre le vuelve la libertad y la vida ². Pero desde el momento en que Rienzi pone en olvido su destino, murió el amor de Petrarca, y el que no encontraba palabras para espresar la ad-

¹ Petrarca dirigió cartas al pueblo romano, felicitándole por la elevacion de Rienzi, y en las dirigidas á este hay frases tan entusiastas como las siguientes: « Tu magnífica declaracion anuncia el restablecimiento de la libertad, que me consuela, me recrea y me encanta... Es admirable tu esperiencia en el modo de ponerte á salvo de cualquier desgracia, y manifestar la grandeza de tu valor y la magestad del pueblo

romano, sin ofender el respeto debido al Sumo Pontífice... No abandones tu magnífica empresa... Pusierte escelentes cimientos, la verdad, la paz, la justicia, la libertad... Todos saben con qué calor tomo la defensa contra cualquiera que se atreve á poner en duda la justicia del verdadero tribuno y la sinceridad de sus intenciones.»

² Epist. famil. VII, 4.

miracion que por él sentia, escuchó con indiferencia el relato de su trágica muerte.

Entusiasta por la libertad é independenciam de su patria, Petrarca aspiró, como político, á la unidad de la Italia, y como desinteresado y buen católico, á la grandeza de Roma, tan unida á sus recursos clásicos, que cuando escribe á Rienzi le ruega conserve y cuide los monumentos que aún desafiaban las iras de los siglos. Y como la grandeza de la ciudad eterna era imposible sin la traslacion de la Silla Pontificia, dirige rudos ataques á la corte de Avignon, que con mas viveza y fuerza de colorido que en sus composiciones italianas ¹, resaltan en sus églogas; y es digno de eterna alabanza que en aquella corrompida edad conservara siempre la independenciam de carácter que no perdió Petrarca, á pesar de las consideraciones que le guardó la corte pontificia, y de los justos favores con que premió sus relevantes talentos ².

Tal era, Excmo. Sr., el espíritu de la Italia en el siglo XIV, en que Petrarca aparece como el símbolo que lo representa: así, al recibir en el Capitolio la corona triunfal, el pueblo premiaba, no al cultivador de una literatura que no comprendia, sino al ídolo de sus deseos, que con fervorosos acentos le recordaba las pasadas glorias. La Italia ilustrada hacia coro á los entusiastas vítores de la multitud, y apreciaba en Petrarca, no solo al ilustre patricio, sino al poeta, al genio que renovaba el siglo de oro de la república romana. Esta es la razon del triunfo de Petrarca.

Roberto de Nápoles, aquel rey ilustrado, que tenia en

¹ En la Egloga VI entabla un diálogo San Pedro, bajo el nombre de Pamphilo, y Mition, que es Clemente IV, y le reprende por abandonar su rebaño, Roma. Mition responde que le detiene una ninfa, Epy, que es la corte de Avignon. En la VII, Epy y Mition pasan revista á su rebaño, que son los cardenales; y en

una y otra hay tan vivas y tan des-
embozadas alusiones, que apenas se
concibe tanta libertad en las pin-
turas.

² La corte pontificia le confirió
pingües beneficios, le nombró em-
bajador y le hizo Secretario de Bre-
ves, destino que no aceptó.

mas alto precio que la suya la modesta corona de laurel ¹ decretada á Petrarca, al declarar digno del título de triunfador al inmortal poeta, y al investirle con su régio manto de púrpura, obedecía á un secreto impulso que vagaba informe en la atmósfera de Italia. La Edad media sellaba con eterno ósculo de paz su reconocimiento al genio de la antigua Roma. Premia á un poeta, y este debió recoger el espíritu latino, escribir en la lengua de Virgilio, y hacer héroe de su poema al mas popular de los conquistadores, á Scipion. Roberto quiere conferirle en Nápoles la triunfal corona; Paris le habia brindado el mismo honor; pero ni la ciencia de la gran Universidad, ni el esplendor del trono de Roberto, ofrecian mas seductores atractivos que la ciudad de los triunfos y el Capitolio romano ². Petrarca sube las mismas gradas que hollaron con sus plantas los conquistadores de la república y su querido Virgilio, se arrodilla ante el senador Orso, « coronado al primer talento » dice, y coloca en la cabeza de Petrarca el laurel que recuerda el nombre de su amada. Petrarca lee un soneto en honor de los antiguos romanos, y la multitud se retira llenando los aires de entusiastas vítores al Capitolio, al poeta y al pueblo ³. ¿Qué hay en tan solemne ceremonia, que no sea un tributo de admiracion rendido á la antigüedad?

No debe, pues, sorprendernos, Excmo. Sr., que hoy no ofrezca á nuestra consideracion *El Africa*, otro interés que el merecido por el encomio con que le acogieron sus contemporáneos. Petrarca era poeta, y sin embargo aparece, siempre que abandona la lengua italiana, inferior á lo que se debe esperar de tan esclarecido ingenio. *El Africa*, desordenada y sin vida en su fondo, tiene algun valor en los detalles, y es

¹ Sic est vita hominum, sic sunt judicia et studia et voluntates variæ. At ego, inquit, juro dulciores et multo clariores mihi litteras quam regnum, et si alterutro carendum sit,

æqua nimis me diademate quam litteris. *De rer. mem.*

² De rerum mem. lib. II.

³ Muratori, tomo XII, pag. 540.

digno de elogio el sentimiento de la armonía que le anima, sentimiento desconocido en la Edad media; no obstante, falta pureza y frescura á los pensamientos, como si la lengua latina no pudiera espresar el nuevo tesoro de vida que Petrarca aportó á la poesía¹. Su genio campea en sus composiciones escritas en lengua vulgar, y á estas debe el aprecio con que la posteridad le considera. Como erudito, cultivador de las letras y ardoroso patriota, ocuparía en la historia distinguido lugar; mas para ser de todos conocido y admirado, necesitó amar á Laura y dedicarla ese precioso tesoro de poesías, cuyo mérito é importancia nunca se encarecerá lo bastante.

Antes de examinar la poética de Petrarca, necesario es reconocer los esfuerzos de algunos escritores, que con sus trabajos mas ó menos notables, abrieron la senda por donde alcanzó tan justo renombre. El entusiasmo que en Italia produjo el renacimiento de las letras, ha sido causa de que se descuidara la literatura vulgar hasta el punto de no merecer consideracion alguna: así, mientras que puede señalarse paso á paso el lento desarrollo del restablecimiento de las antiguas letras, se conservan escasas noticias de los primeros ensayos de la poesía popular; primera que nace en Italia, porque cuenta gloriosas tradiciones. Perdidas casi por completo las obras de los poetas del pueblo, que debian aumentar en importancia segun el naciente idioma adquiriera mas fijeza y mayor caudal de voces y giros, se presenta en los últimos años del siglo XIII, una literatura llena de vida, que no llamaremos popular, porque este nombre solo conviene á la que

¹ No nos detendremos en un exámen de *El Africa*, porque los escritores todos le juzgan de idéntica manera. Hé aquí cómo comienza á describir las guerras púnicas:

Ve tantis sit causa malis, quæ cladis origo
Quæritur unde animi, quos tot tolerare coegit

Dura; perrato validas furor equore gentes
Europamque dedit Libiæ, Libiamque rebellem
Europæ, alterno vastandas turbine terras.
At mihi causa quidem studii non indiga longi
Occurrit, unde oriens extrema ab origine mors
est.

Atque aliena videns tristi dolor omnia vultu
Prospera, non potuit florentem cernere Romam
Emula Carthago, surgenti inviderat urbi.

entraña el espíritu de la multitud y espresa sus sentimientos y aspiraciones.

Arranca la literatura italiana escrita, de la provenzal, y el único lazo que las une es la poesía popular, cuya existencia no puede ponerse en duda, porque es imposible que viva un pueblo sin formular en palabras mas ó menos perfectas sus sentimientos. Rambaldo de Vaqueiras, el cantor de su *Bel Cavalier*; Lanfranco Cigala, severo juez que llega á la dignidad de cónsul, y retirado de la vida pública escribe himnos sagrados y canciones políticas; Sordello de Mántua, modelo del verdadero trovador, y caballero tan completo, que repartido su corazón entre los príncipes del mundo, reciben en cada pedazo una de las virtudes de que carecian; Bartolomé Giorgi y tantos otros, imprimen en la poesía italiana un carácter que á pesar de multiplicados esfuerzos no desaparece sino imperfectamente. No obstante, siempre conservó un secreto amor á la provenzal, parecido al eterno reconocimiento que el hijo profesa á su madre, y que sus mas famosos cultivadores espresaron ofreciendo imperecederos recuerdos á la memoria de los antiguos provenzales ¹.

Sucede, sin embargo, en Italia como entre nosotros, que al arraigarse la poesía de los trovadores, pierde sus caracteres mas distintivos, que como espresion de un mundo ficticio, de una sociedad sin existencia real, no puede sostener la lucha y resistir el empuje de otra poesía que tenga hondas raíces en las afecciones del corazón y en el sentido de la nacionalidad. El espíritu religioso, apenas sentido por los cantores

¹ Sin buscar ejemplos fuera de las obras del poeta, objeto de este ligero trabajo, en los *Triunfos*, capítulo IV, leemos:

Fra tutti il primo Arnaldo Daniello
Gran maestro d' amor ch' alla sua terra,
Ancor fa' onor col dir polito e bello.

I' dico l' un e l' altro Raimbaldo,
Che cantar pur Beatrice in Monferrato;
E 'l vecchi Pier d' Alvernia con Giraldo.

Y sigue nombrando á muchos otros. Aunque no es de este momento señalar hasta qué punto les imitó Petrarca, en nuestra pobre opinion creemos han exagerado bastante esta influencia algunos renombrados escritores, y entre otros Willemain y Federico Schelegel.

limosines, el amor á la patria, que desconocen hasta que indignamente fueron arrojados del pais que los vió nacer, y la moral cristiana, puesta por ellos en olvido, forman el terreno propio de la literatura italiana, y encierran los gérmenes que florecerian en su siglo de oro. Florencia parece la ciudad destinada á unir en eterno consorcio el espíritu de la antigüedad con el misticismo cristiano. Dante y Petrarca, Giotto y Cimabue, Brunelleschi y Miguel Angel, infunden en la forma pagana la idealidad del cristianismo, y la brillante aurora del renacimiento se presenta en el puro cielo del arte.

Pugnando por desasirse los escritores anteriores á Petrarca de los lazos que á la poesía provenzal les unian, introducen algunos elementos contrarios á su espíritu. Dante se alza con la monarquía épica, y recoge en su *Divina Comedia* la vida de la Italia, colocando la primera piedra al nuevo edificio que se levantaba. Rayando tan alto el desarrollo épico, las otras formas de la poesía habian de seguir tan gloriosas huellas. La literatura sin embargo guardaba dentro de sí gérmenes de decadencia, que sin acierto y tino causarían su inevitable ruina. El lujo de las comparaciones, los afectados sentimientos que la constituyen, el extremo en las alegorías, su ningun acuerdo con la vida social y política, y la imperfeccion de la forma, hubieran retardado su florecimiento, á no aparecer en el mundo literario el laureado Petrarca. Guido Guinezzelli y Guittone d'Arezzo anunciaron el amor de Laura, y desde Pedro de las Viñas, el consejero y amigo de Federico II, «comparable solo á Casiodoro,» venia perfeccionándose el soneto; el espíritu de aquellos y la forma de este fueron los elementos de que Petrarca se valió, y con los cuales llenó cumplidamente su objeto, pues no solo completó el cuadro de la literatura italiana, cultivando la poesía lírica, sino que, reuniendo las distintas tendencias, espresion fiel del espíritu de localidad, formuló su ley, tan necesaria como el

nuevo arte. Así como Dante no halla en ninguna ciudad la verdadera lengua italiana, sino que la encuentra en todas; así en Petrarca no vemos al poeta de Roma, de Florencia ó de Sicilia, sino el poeta de Italia, como lo fué el autor de la *Divina Comedia*.

La poesía lírica, presa aún en los estrechos límites de la tradición provenzal, sentía vaga inquietud que como anuncio de nueva vida se pinta en los versos de los escritores sicilianos, y con mayor energía en los que brotaban en el seno de Italia. Entrar en posesión de sí mismo era el empeño del poeta; buscar en su corazón el acento de la poesía era su anhelo; cantar su dolor su propósito. La poesía lírica, dueña ya de la naturaleza, necesitaba, bebiendo en nuevas fuentes, vestir con aéreos ropajes la idea cristiana. ¿Qué guía pudiera conducir al que por primera vez penetrara en este mundo? Solo el amor, que era en el arte cristiano lo que la inspiración divina fué en el clásico.

No es bien, Excmo. Sr., desestimar la poesía erótica, porque si apartamos los ojos de este linaje de obras, desconoceremos las costumbres y sentimientos de las edades pasadas. El amor revelado por el cristianismo es el dogma de la familia y la inspiración del nuevo arte, y si su misión es levantar y ennoblecer cuanto toca, no hay palabra mágica que alcance mayores prodigios, que esta que se exhala de los labios de la mujer creada de nuevo por la doctrina de Cristo ¹.

¹ Cúmplenos declarar que este discurso apenas es otra cosa que un extracto de las esplicaciones de Literatura Estranjera de nuestro queridísimo maestro D. José Amador de los Ríos, á quien debemos cuantas ideas y noticias tenemos en literatura. El mismo deber de gratitud nos obliga á consignar nuestro eterno reconocimiento á los catedráticos D. Julian Sanz del Rio, D. Isaac

Núñez Arenas, D. Alfredo Adolfo Camus y D. Antonio García Blanco, que comunicándonos su profundo saber, han formado el pequeño caudal de conocimientos que poseemos. Tantos inolvidables favores y tantas consideraciones les hemos merecido, que nada es esta pública manifestación del cariño y admiración que en el fondo del alma les tributamos.

En la iglesia de Santa Clara de Avignon ¹ apareció á Petrarca por primera vez la divina beldad que debia revelar un nuevo mundo á su ingenio y un nuevo arte á la moderna edad. El poeta quedó suspenso: algo divino pasó ante sus ojos, y era que el nuevo canto de amor se habia aposentado en su alma. Desde entonces sus labios vierten raudales de pureza, su alma se despoja de las torpes vestiduras humanas, y para dar al viento el nuevo canto, perfecciona una lengua y crea una forma, que tanta energía le inspiraba la vision beatífica en que de continuo vive su ardorosa fantasía.

Este sentimiento era desconocido. Beatriz y Laura no tienen ascendencia, ni arranca su progenie del mundo antiguo. Sappho y Anacreonte espresan el delirio del sentido, y Simónides de Ceos y Callimaco escriben inspirados por la misma fiebre ². Adoptó el arte romano las formas elegiacas consagradas á cantar amores, y los poetas del tiempo de Augusto encuentran en las costumbres de aquel siglo los mismos colores para pintar sus devaneos. Corina escucha las lecciones de Ovidio y aprende de sus labios los medios de burlar á su esposo ³, y poco despues practica los consejos de su amante para ocultar sus nuevos amores. Decoran este cuadro las lágrimas, los amores con las esclavas, y lo corona la revelacion de Ovidio al burlado esposo ⁴, y las súplicas del poeta para que por piedad «le engañe siquiera con decoro.»

El ardiente Propercio sigue á Cintia de orgía en orgía, y la perdona el haberle abandonado por seguir á un legio-

¹ El dia y la hora en que vió á Laura, lo recuerda en uno de sus sonetos:

Mille trecento ventisette appunto
Sull' ora primá il di sesto d' aprile
Nel labirinto intrai' ne 'veggio ond' esca.

Soneto CXXXVI.

La misma fecha se encontró en una nota marginal escrita de su puño, en un manuscrito de Virgilio,

que revela cuán verdadero era el amor de Petrarca.

² Entre los consejos que Ovidio dá para formar el corazon para el amor, escribia en el Canto III de su *Ars amandi*:

Sit tibi Callimachi, sit Coi nota poetæ,
Sit quoque vinosi Teia Musa senis:
Nota sit et Sappho (quid enim lascivius illa)?

³ Eleg. IV, lib. I.

⁴ Eleg. IV, lib. IV.

nario; pero su generoso perdon no impide el que la nacarada Cintia cometa nuevas infidelidades ¹. El tierno Tibulo ama á Delia; pero Delia, aficionada á los placeres del lujo, abandona al poeta, que ahoga sus pesares en el vino ². Némesis y Nerea le consuelan, y á su vez le obligan á recurrir de nuevo á las ánforas. Todos, Excmo. Sr., retratan con vivísimos colores la belleza de sus amadas, describen magníficas estátuas, y no solo invocan á las divinidades, sino que acuden á evocaciones, filtros y conjuros ³ para que los placeres no se amortigüen. ¡Cuán otro es el amor de Laura ⁴! Al nombrarla desaparece el mundo de las Delias y Corinas; es « nueva flor de honestidad y belleza » que purifica el alma del poeta; es « luz que el cielo muestra á la tierra », y su recuerdo enciende en el alma del poeta místico amor, y le presta mayor aliento; y si alguna vez la nocion de la virtud se encuentra combatida en su seno, el nombre de Laura le devuelve su perdida fortaleza ⁵. Laura

¹ Nam mihi ne viles isti videantur ocelli,
Per quos saepe mihi credita perfidia est!
Hos tu jurabas, si quid mentita fuisses,
Ut tibi subpositis exciderent manibus,
Et contra magnum potes nos ad tollere solem,
Nec tremis admissae constia nequitiae?
Quis te cogebat multos pallere colores,
Et fletum invitis ducere luminibus?
Quis ego nunc pereo, similes moniturus amantes.
O nullis totum credere bladiiis!
Prop., *Eleg. XV, lib. I.*

² Adde merum, vinoque novos compesce dolores,
Occupet ut fessi lumina victor sopor;
Nen quisquam multo perfusum tempora Baccho
Excitet, infelix dum requiescit amor.
Tib., *Eleg. II, lib. I.*

³ Quid credam? nempe haec edem se dixit amores
Cantibus aut herbis solvere posse meos;
Et me lustravit taedis; et nocte serena
Coincidit ad magicos hostia pulla deos.
Tib., *Eleg. II, lib. I.*
Y Ovidio, *Eleg. VIII, lib. I.*

⁴ El contraste que presenta Petrarca con el amor cantado por los antiguos, resalta de la comparacion de este hecho con la *Eleg. IV,*

lib. III, de Ovidio. En la XII del mismo libro dice:

Facta merem odium: faciem exorat amores

⁵ En ninguno de los trovadores provenzales se encuentra la pureza de sentimientos que revela Petrarca. Son infinitos los pasajes que podríamos citar en apoyo de esta opinion. Bastan los siguientes:

L' aere percosso da 'lor dolci rai
S' infiamma d' onestate.

Soneto CXXI.

El soneto CXXIV comienza con la siguiente invocacion:

O d' ardente virtute ornata e calda
Alma gentil, cui tanta carte vergo;
O sol gia d' onestate intero albergo
Torre in alto valor fondata; salda.

En el soneto CXVIII dice que la belleza y la virtud de Laura purifican el amor del poeta: en el LXIV esclama:

Non era l' andar suo cosa mortale
Ma d' angelica forma; e le parole
Sonavan altro che pur voce umana.
Uno spirto celeste, un vivo sole
Fu quel ch' io vidi.

es casada, es madre de familia; Petrarca eclesiástico, y en medio de la corrompida corte de Avignon, el laureado poeta no siente turbarse su ánimo al contemplar los encantos de la mujer que adora, *sino que en su casta mirada se estrellan sus impuros pensamientos*. Movida á compasion, ama al noble poeta, pero con nobilísima correspondencia, sin que la union de sus almas atente á su dignidad de esposa y madre. Por el largo espacio de veinte años continúa este amor en el pecho de Petrarca, y en vano la edad hizo sufrir sus rigores á la belleza de Laura, en vano aparecia en público rodeada de dilatada descendencia; la purísima imágen

En el soneto XII dice que Laura es la escala por donde llega al sumo bien; y en el CLIX, que vió en su amada la luz que el cielo muestra á la tierra.

Abundan en las poesías de Petrarca pensamientos como los citados, y los rasgos con que pinta á su Laura, nacen todos de la pureza de los sentimientos, de los encantos de la virtud. En el arte antiguo, belleza y castidad nunca estaban juntas. Ovidio dice:

Quae tibi formosam: si non nisi casta placebat?

Non possum ullis ista coire modis.

Eleg. IV, lib. III.

El amor del poeta italiano se purifica de dia en dia. Despues de la muerte de Laura, su memoria es para el poeta fuente de sagradas inspiraciones. En el soneto XXII *In morte* bendice la honestidad de Laura, la primavera renueva sus dolores, el ruiñeñor le convida á llorar. En el LI esclama:

Mala forma miglior che vive ancora
E vivra sempre zu nell'alto cielo,
Di sue bellezze ogni or piu m'innamora...

En los sonetos LX y LXI *In morte* une su amor al sentimiento cristiano, y dice en el segundo de los citados:

S' onesto amor puo meritá mercede,
E si pieta ancor puo quant' ella suole
Mercede avro; che piu chiara che 'l sole
A Madonna ed al mondo e 'la mia fede.

Ond' i spero che 'nfin dal ciel si doglia
De miei tanti sospiri; e cosi mostra
Tornando a me sí piena di pietate,
E spero ch' al por giu di questa spoglia,
Venga per me con quella gente nostra
Vera amica di Cristo e d' onestate.

La felicidad de Laura le consuela de sus males (soneto LXXIV); y por último, por no acumular citas, en el soneto LXXIV le dirige ardiente plegaria, considerándola como intercesora.

Este pensamiento se encuentra repetido en varios sonetos. En una de sus obras morales, contestando á San Agustin, á quien introduce aconsejándole que olvide el amor de Laura, Petrarca dice que el amor de Laura le curó del amor sensual, y añade: «Neque enim, ut putas, mortali rei animum addixi; nec me tam corpus noveris amasse quam animam, moribus humana transcendentibus delectatum, quorum exemplo qualiter inter cœlicolas vivatur, admoneor. Virtutem illius amavi, quæ non extincta est!»

Véase cuán descaminados andan los críticos que niegan á la poética erótica de Petrarca este carácter de idealismo cristiano, que pasó despues á todas las literaturas de la moderna Europa.

En sus *Triunfos* ya sigue Petrarca las huellas del Dante, y el amor se convierte en un símbolo de las verdades de la ciencia.

que conservaba el poeta en su mente, no perdía los frescos colores de los primeros años, ni los enamorados acentos de su lira el indecible calor que los divinizaba. Murió Laura, y su memoria continuó siendo el ángel custodio del poeta, y las tintas melancólicas que revestían su imagen, la rodearon de tan viva luz, que á los ojos de Petrarca aparece como sér sobrenatural, como verdad religiosa que le acompaña en la tierra, embalsamando su espíritu para prepararlo á vivir la celeste vida de la bienaventuranza.

¡Qué abismo no media entre el amor cantado por Petrarca y el espresado hasta entonces! El mismo Dante, que con menos esfuerzos pudo llegar al misticismo de Petrarca, personifica la ciencia en Beatriz, como si no encontrara en su corazón nada bastante á idealizarla.

El arte simbólico que con rápido vuelo se desenvuelve en el siglo XIII, espresa la tendencia, no lograda hasta Petrarca, de unir el hombre á Dios, la idealidad á la vida práctica, bajo la ley de la moral cristiana. Y así como el amor antiguo impulsaba á las orgías, así el sentimiento inspirado por Laura conduce al cielo. Si Delia, sumida en la desesperación, condena á Tibulo á la embriaguez, el amor de Laura es una voz religiosa que de continuo resuena en los oídos del poeta, inspirándole amor á las virtudes y deseos de alcanzar la perfección.

Petrarca señala esta unión del mundo real al mundo de la inspiración, y revela que los sentimientos humanos en el dominio del arte están destinados á ser faros luminosos que llevando nuestra alma á religiosas aspiraciones, nos impulsen por la senda de la virtud, hasta formar dentro de nosotros mismos el ideal que de continuo aparece á nuestros ojos.

Superiores á todo encarecimiento son, Excmo. Sr., los colores con que Petrarca espresa su divino amor. Cuanto

toca, se cambia en oro; cuanto mira, recibe nueva vida; una nube que pasa, un guante que cae, un favor, un menosprecio, todo sirve al poeta para presentar cuadros dignos del Alvano y Rafael. El viento, el agua, las flores, la naturaleza toda, se vivifica para reconocer y honrar en el objeto del amor de Petrarca, la mas perfecta criatura del Universo. Y sucede, como no podia menos de suceder, que al espresar por medio de la naturaleza un nuevo sentimiento, esta aparece pintada con nuevos rasgos y distinto colorido. En la antigüedad la naturaleza no tiene vida; entre los provenzales no merece sus recuerdos sino en la florida estacion, única en que pueden dar al viento sus suspiros; en Petrarca es el medio de espresar su amor, y como este anima su existencia toda, la comunica el sentimiento que le domina.

Así aparece, Excmo. Sr., á nuestra consideracion el laureado poeta de la Italia, cuyo nombre envidian los mayores ingenios. En su época le tuvieron en tanto, que se disputaban su amistad los mas poderosos señores. Clemente IV le nombra embajador en Nápoles para representar sus derechos durante la minoría de Juana, nieta de Roberto; Juan de Visconti le agrega á su consejo; el gran senescal Nicolás Acciajuoli iba á menudo á su casa, « como Pompeyo á la de Posidonio; » Enrique Capra, platero de Bérgamo, le hospeda con régia magnificencia; y por último, Cárlos IV le confiere el titulo de Conde Palatino. Hoy sin embargo no falta quien le crea inmerecedor de tantas consideraciones, y juzgue su empresa como poco meritoria. Fundador de un nuevo arte, tuvo legítimas y poderosas influencias en todas las literaturas, y la Italia, cuando se siente abandonada del genio tutelar que la lleva á ser la preferida de las Musas, recurre á Petrarca, y nuevos mundos de inspiracion y de energía brotan de su seno; que tal es el poder de su fuerza creadora! = He dicho.

UVA. BHSC. LEG. 09-1 n° 0739



UVA. BHSC. LEG.09-1 n°0739

UVA. BHSC. LEG.09-1 n°0739